

## EL CUESTIONAMIENTO DE LA POLÍTICA PARTIDARIA: LOS MOVIMIENTOS DE BASE EN EL BRASIL \*

por **María Grossi\*\***

### I INTRODUCCIÓN

El problema de la relación entre partidos políticos y movimientos sociales no es en realidad un problema nuevo, ni desde el punto de vista teórico, ni desde el punto de vista de la práctica de los actores sociales y políticos. La cuestión ha sido abundantemente planteada por ejemplo, en la tradición marxista, en particular respecto al rol del partido como vanguardia revolucionaria. La tensión entre espontaneísmo y conducción partidaria, entre movimiento y partido fueron temas clásicos del debate político y teórico.

La institucionalización creciente de los partidos de masa, inclusive los de izquierda, los cambios en su organización interna y sobre todo el surgimiento a fines de la década del 60, en Europa occidental y en los Estados Unidos, de demandas políticas expresadas por vías extrapartidarias, llevaron a una redefinición del rol de los partidos como canales de articulación y agregación de demandas volviendo a cobrar actualidad la cuestión de la relación partido-masa y de los desafíos planteados por los movimientos sociales a los partidos políticos. En otras palabras, ha habido un creciente cuestionamiento de la política partidaria por los movimientos sociales.

“La sociedad se politiza en el sentido de que en su interior se multiplican las demandas y las acciones colectivas que no pasan por los canales políticos tradicionales. Son los movimientos y las formas de acción colectiva que nacen en varios sectores de la sociedad los que se hacen cargo de las nuevas demandas y de tensiones sociales emergentes. El problema que se plantea al sistema político de las sociedades avanzadas es entonces el de la relación entre actores institucionales y movimiento”.<sup>1</sup>

Este tipo de planteo, válido para las sociedades donde se origina, ha tenido una gran resonancia en algunos países de América Latina y, muy particularmente en el Brasil, desde fines de la década del 70.

Indudablemente hubo a partir de esa época un resurgimiento de la presencia de los sectores populares en la escena política, presencia que muchas veces aparece como desvinculada de los partidos políticos. Ello ha llevado a una identificación, a mi modo de ver, algo apresurada, de estas manifestaciones colectivas con los nuevos movimientos sociales a la europea. De la crítica de los partidos políticos existentes se pasa casi inmediatamente a la crítica de la forma partidaria configurando lo que podemos llamar una visión antipartido dominante en muchos de los análisis sobre los movimientos de base en el Brasil.

Esta visión no parece sin embargo reflejar adecuadamente la realidad de las acciones y manifestaciones colectivas de los sectores populares ni de sus demandas.

Es por ello que optamos empezar este trabajo transformando el título propuesto en una pregunta; se puede decir que los movimientos de base en el Brasil significan o han significado un cuestionamiento de la política partidaria y si la respuesta es afirmativa, en qué medida lo hicieron?

A primera vista y a juzgar por la mayor parte de la abundante bibliografía existente sobre el tema <sup>1bis</sup> e inclusive por el discurso de la mayoría de los actores, la tentación sería de responder afirmativamente. Sin embargo, esta primera impresión empieza a cambiar, como lo han mostrado entre otros Ruth Cardoso y Renato Boschi,<sup>2</sup> a partir de un análisis más detallado de las formas que asume la acción colectiva desarrollada por los sectores populares, de su relación con el Estado y de las demandas que presentan al sistema político.

Empecemos por indicar algunos de los supuestos presentes de modo implícito o explícito en la literatura más reciente sobre el tema y que configuran una concepción de la relación partido-movimiento de base que estaría reflejando una visión anti-partido y más en general, en el límite, una visión anti-institucionalizante de la política.

- a) el surgimiento de nuevos movimientos sociales alternativos. Alternativos porque estarían poniendo en cuestión el Estado y el sistema de dominación vigente y alternativos también en cuanto al tipo de participación independiente y en oposición a las formas institucionales tradicionales, en particular, la forma partidaria;
- b) la crisis e inclusive la falencia de los partidos en su forma actual y por ende la necesidad de redefinir formas nuevas de participación política extra-partidaria;

---

\*\* “Grupo de trabajo sobre partidos políticos y democratización en el cono sur” (Clacso).

c) la autonomía de los movimientos de base respecto a los agentes externos como garante de su carácter auténticamente popular y democrático.

Los movimientos de base, vistos a la luz de estos supuestos serían los vectores por los cuales pasaría la democratización de la sociedad brasileña, en su conjunto.

No hay duda que la década del 70 significó un resurgimiento de la presencia de los sectores populares en la escena política brasileña, aumentando consecuentemente la visibilidad política de sus demandas. El fenómeno fue rápidamente captado por la sensibilidad política de sociólogos y científicos políticos que hasta comienzos de la década del 70 habían puesto su atención prioritariamente en la problemática del Estado y de la economía. Sin dejar de reconocer a estos trabajos el mérito de señalar esta presencia popular cuando, como dice V. Caldeira Brant, lo más corriente en la literatura sobre sectores populares era la búsqueda de las causas de su ausencia en la política, no podemos dejar de señalar también, ciertas dudas. Por un lado, en cuanto al carácter inmediatamente transformador atribuido a estos movimientos, sobre todo en el plano institucional y por otro lado sobre su carácter excluyente respecto a los partidos políticos.

Los dos aspectos plantean preguntas sobre la naturaleza de las acciones colectivas desarrolladas por los sectores populares en los últimos años. Estas preguntas nos remiten a su vez a un problema teórico más general y que sólo excepcionalmente está planteado en la literatura brasileña reciente. Tratase del problema mismo de la participación política. La revisión de esta literatura deja al descubierto una gran imprecisión conceptual. La tendencia general es la de calificar como movimiento social a los más distintos tipos de conducta colectiva con algún grado de visibilidad política que logran cierta movilización. Se habla indistintamente del "nuevo movimiento sindical", del movimiento feminista, del movimiento por guarderías, por mejores condiciones de salud, del movimiento negro, del movimiento del costo de vida, etc., como movimientos sociales.

Las reacciones de poblaciones de "favelas" a decisiones de erradicación son llamadas movimientos sociales urbanos así como las manifestaciones de moradores de barrios periféricos reivindicando agua, luz eléctrica, transportes, escuelas, etc.. Se llega inclusive a confundir las organizaciones barriales (CEBs o SABs) con movimientos sociales. Todo ello lleva a confundir cualquier forma de participación política extra-partidaria con movimientos sociales imputándoles objetivos y consecuencias que pueden no ser los suyos. Es interesante notar que los miembros de las organizaciones barriales tienden también a hablar de las acciones que desarrollan como movimientos sociales, lo que por cierto no justifica que los analistas retomen esta designación sin cuestionamiento. El problema no es apenas terminológico. Radica también en la dificultad encontrada por esa literatura en tomar distancia respecto a la práctica de los actores. Lo más frecuente es entonces, encontrar una cierta simbiosis ideológica entre actores y analistas. Estos últimos toman, muchas veces, el discurso de los actores casi literalmente como fundamento de su análisis. Esta simbiosis ideológica pasa por alto un intento más sistemático de diferenciación conceptual entre tipos y formas de participación política.

Pizzorno llamó la atención sobre el hecho de que el pensamiento político moderno ha tendido a diferenciar dos tendencias irreductibles: una que piensa la política como un sistema de relaciones en el ámbito del Estado y otra que al contrario ve la política como expresión de las relaciones de clase<sup>3</sup>.

La literatura brasileña ha tendido a acercarse más bien a la segunda de las perspectivas mencionadas. Ello ha llevado frecuentemente a una subestimación del nivel institucional y a una transposición inmediata de las relaciones sociales al plano de la política y del Estado<sup>4</sup>. Este "panpoliticismo de lo social" señalado por Cardoso lleva muchas veces a interpretar las acciones colectivas de todo tipo como acciones de clase y más aún como acciones que estarían poniendo en cuestión la dominación de clase, a través del cuestionamiento del Estado, garante de esta dominación. Renato Boschi plantea también la misma cuestión, en términos ligeramente distintos cuando se pregunta por los impactos o por los resultados institucionales de la acción colectiva y más específicamente para el caso brasileño, qué posibilidad tienen esos movimientos, caracterizados por relaciones sociales democratizantes en su interior, de llevar a cabo también la institucionalización de prácticas y procedimientos igualmente democráticos en el plano político.

La simple identificación de los actores como actores populares no permite por sí deducir el carácter clasista de las acciones, tampoco permite afirmar que la identificación de estos actores se hace en términos de clase social y menos aún que el contenido de su acción es cuestionador del orden social en su conjunto transformando inexorablemente las relaciones políticas, como un todo, en relaciones democráticas.

La sub-estimación del análisis institucional lleva a tratar como dato una pregunta que es a mi juicio, inclusive anterior a la pregunta que plantea R. Boschi sobre impactos institucionales. Tratase de la necesidad de diferenciar, orientados por algún esquema conceptual, diversos tipos de acción colectiva.

## II ACCIONES COLECTIVAS Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA

La revisión de los estudios hechos sobre los llamados "nuevos movimientos sociales" muestra como ya lo señalamos cierta confusión conceptual cuyas consecuencias van más allá del plano estrictamente teórico si es que admitimos la posibilidad de alguna "eficacia" social y política del discurso sociológico.

La discusión que sigue sobre distintas formas de acción colectiva tiene entonces como telón de fondo la necesidad de una mayor precisión conceptual y a la vez cierta preocupación con los posibles efectos políticos de lo que estamos llamando visión anti-partido, en la coyuntura de redemocratización del sistema político brasileño.

Nuestra pretensión es, a la luz de esta revisión teórica, analizar las formas de comportamiento colectivo que resurgen en la década del 70, sobre todo aquellas que se desarrollan a partir de organizaciones barriales y asociaciones de vecinos que son justamente las que tuvieron mayor visibilidad en el período considerado y a partir de las cuales en la mayoría de los casos están hechas las generalizaciones sobre lo que se ha dado en llamar nuevos movimientos sociales.

Tres dimensiones parecen fundamentales para llegar a diferenciar un tipo de acción colectiva de otro: la dimensión del cambio -qué tipo de cambio es el que orienta la acción; la de los canales por los cuales se expresan las demandas; la de los actores- puesto en otros términos el carácter clasista o no de las acciones desarrolladas.

La revisión exhaustiva de la bibliografía sobre acción colectiva no es nuestro objetivo. Tomaremos solamente algunos autores que analizan más explícitamente estas tres dimensiones y que a mi modo de ver contribuyen a una mayor clarificación de los significados políticos de las manifestaciones populares.

Franco Goio<sup>5</sup>, por ejemplo, partiendo de la constatación de que el movimiento colectivo ha recibido básicamente un tratamiento sociológico se propone analizar el sentido político de la acción colectiva. Lo hace en base a la orientación hacia el cambio presente en los distintos tipos de acción colectiva, empezando por lo que el llama movimiento colectivo.

El autor parte de la idea de que la relación entre la sociedad civil y el sistema político pasa por alguna forma de articulación de intereses. La literatura define dos fenómenos políticos, el partido y el grupo de presión, que tienen por lo pronto cierta afinidad con el movimiento colectivo.

Tanto uno como el otro son definidos por su relación con el sistema político y más precisamente con el poder; los partidos compiten por la conquista del poder y los grupos de presión compiten por la influencia sobre los que ejercen el poder.

El objeto del primero comportamiento es el ejercicio del poder político mientras que el del segundo es el contenido de la decisión política. Tenemos ahí definidos entonces dos tipos básicos de comportamiento político. Quienes hacen política tienen necesariamente por objetivo el poder, ya sea buscando ejercerlo directamente, ya sea actuando sobre él e influyendo sobre su ejercicio. Goio señala aún, en esa primera aproximación a la definición de movimiento colectivo, el problema del "sentido de la acción social" planteado por Weber, o sea el hecho de que cada comportamiento social puede ser comprendido mediante la interpretación del significado atribuido por el actor a esa acción.

Definidos estos dos tipos de comportamientos el del partido y el del grupo de presión, el autor se pregunta hasta qué punto se podría hablar de un tercer tipo de comportamiento político, específico del movimiento colectivo o, por el contrario, si este no sería sino una variante del primero o del segundo tipo de comportamiento?. Esta especificidad podría estar dada por la orientación hacia el cambio?.

El autor reconoce que la orientación hacia el cambio juega un rol importante en una tipología de movimiento colectivo y que como tal no puede dejar de ser considerada pero señala al mismo tiempo que la idea de cambio per se no define una orientación típica de la acción política. Es uno de los objetivos posibles y como tal no implica un tercer tipo de comportamiento sino que puede ser previsto tanto en el primer como en el segundo tipo de comportamiento, o sea tanto en la acción orientada hacia la conquista del poder como en la acción que se orienta a influir sobre él.

Como la idea de cambio no basta per se para connotar una acción política dotada de una conexión específica de sentido típico-ideal, en lugar de preguntarnos si el movimiento colectivo es o no un comportamiento político típico la pregunta debería ser si configura por lo menos una modalidad específica de manifestación del comportamiento político.

Su respuesta es que los movimientos colectivos son una modalidad específica en la cual el primer y el segundo comportamientos se manifiestan en la dimensión del cambio. Pero no cualquier tipo de cambio sino específicamente

el cambio en la estructura del poder.

Precisando un poco más Goio afirma que los movimientos colectivos buscan típicamente el cambio de la estructura del poder<sup>6</sup> mientras que los partidos y los grupos de presión buscan el cambio o la conservación del proceso de ejercicio del poder. En el cuadro de actuación del movimiento colectivo el primer comportamiento es el que se refiere al cambio de la estructura de poder relativa al ejercicio del poder y a la conquista del poder político mientras que el segundo comportamiento se relaciona al cambio de los aspectos de la estructura de poder que más conciernen al contenido de las decisiones y al ejercicio de la influencia sobre el poder político.

El análisis combina entonces dos modelos: el primero que ve la política como un interacción entre dos tipos de comportamiento: la lucha por el poder político y la lucha por la influencia sobre el poder político. El segundo modelo distingue entre proceso de poder estructura de poder. Cada comportamiento puede ser visto a partir de tres dimensiones: la procesual, la estructural y finalmente una tercera dimensión que el autor caracteriza como de cambio estructural definida como el lugar de intersección entre estructura y proceso, aquel punto en el cual el proceso tiende a cambiar la estructura. Este sería el lugar de los movimientos colectivos. Además de que no se agotan en el proceso, los movimientos colectivos se caracterizarían también por otro rasgo típico: la formación de identidades colectivas reconocidas y que buscan dotarse de los recursos necesarios para acceder políticamente.

Considerando los aspectos procesuales y estructurales de la política y relacionándolos con los dos tipos básicos de comportamiento político el autor llega a la siguiente clasificación de formas de acciones colectiva:

#### Proceso Político Cambio Estructural

	Partidos		
LUCHA POR PODER	Políticos	Movimientos Políticos	<b>Movimientos</b>
LUCHA POR LA INFLUENCIA	Grupos de Presión	Movimientos de Protesta	<b>Colectivos</b>

Al interior del conjunto de comportamientos que el autor define como movimiento colectivo la diferencia que hace entre movimiento político y movimiento de protesta nos parece pertinente para el análisis de los llamados "movimientos de base" o "movimientos sociales" en el Brasil. La propensión al cambio estructural presente en el movimiento colectivo estaría dada por el hecho de que una estructura de poder determinada tendería a impedir a un grupo:

- a) de ejercer el poder político en la forma que considere útil o indispensable para conseguir sus objetivos, y/o de participar con probabilidad de éxito en la lucha por el poder político;
- b) de usufructuar decisiones políticas dotadas de cierto contenido y/o de participar con probabilidad de éxito del proceso de influencia sobre el poder político.

El movimiento colectivo del primer tipo es definido como movimiento político mientras el segundo es definido como movimiento de protesta.

Así mientras el movimiento político tiene como objetivo la estructura organizativa del poder político y las reglas del juego relativas a la lucha por el poder político (caso típico de los movimientos y partidos revolucionarios) los movimientos de protesta tienen como objetivo la transformación de los valores políticos dominantes y de las reglas del juego relativas al proceso de influencia sobre el poder. Las demandas vehiculadas por los movimientos de protesta son específicas y su acción está orientada a la obtención de decisiones (policy).

Ejemplos típicos de estos movimientos serían los movimientos urbanos por viviendas, servicios, demandas por derechos civiles, etc. Sus reivindicaciones están dirigidas a la obtención de políticas específicas pero sus chances de influir sobre el poder son mínimas y en eso reside justamente su diferencia respecto a los grupos de presión, o sea la probabilidad de ejercer influencia sobre una decisión en un dado momento. Esta probabilidad es alta en el caso del grupo de presión, el clientelismo sería el grado extremo de esa probabilidad,

Al contrario el movimiento de protesta se caracteriza por la baja, cuando no nula, probabilidad de ejercer influencia en el proceso de decisión. Es por ello que aún que sus objetivos no sean directamente el cambio de la estructura del

poder, su inclusión participativa en el sistema de decisiones supone modificaciones que mínimamente afectan el régimen en dos aspectos:

- a) la definición de quienes son los actores políticos legítimos;
- b) la definición de temas que pueden ser objetos de negociación y que tengan alguna probabilidad de ser objeto de políticas específicas.

Cuando veamos en la segunda parte la descripción de las acciones y del tipo de demanda vehiculadas por los movimientos de base o por organizaciones como las Sociedades Amigos de Barrios o las Comunidades Eclesiásticas de Base quedará claro que se acercan mucho más al tipo definido como movimientos de protesta. Puesto el problema en términos estrictamente institucionales, como fue hecho hasta ahora, la pregunta pertinente sobre éste tipo de acción colectiva es la de saber qué impacto han tenido sobre el sistema de decisiones. En otras palabras cuánto han aumentado -si es que la aumentaron- sus probabilidades de influir en la definición de políticas.

Pero antes de intentar alguna respuesta a esta pregunta, bajo pena de caer en el extremo opuesto al de la visión clasista de la política, es necesario no excluir del ámbito de la política, y por lo tanto del análisis, la dimensión de los actores. La pregunta es aquí cuando se trata de acciones de clase. La visión politicista que ofrece Gofio, basada en el poder dice muy poco sobre las relaciones entre la estructura de poder, y los actores de clase. La distinción que hace Pizzorno<sup>7</sup> entre sistemas de intereses y sistemas de solidaridad -definiendo tanto al estado como a las clases como sistema de solidaridad- amplía el análisis introduciendo, además de las acciones con vistas al poder del Estado, aquellas que tienen como objetivo la afirmación de valores universalistas, o sea, las acciones de clase. A estos sistemas de solidaridad se contraponen los sistemas de interés. Esta distinción, lanza luz sobre otro problema clave, el de los condicionantes de la acción colectiva y permite también ampliar los criterios de diferenciación entre tipos distintos de acción colectiva.

Dejemos por ahora la temática de los condicionantes de la participación, y veamos cómo está planteado para Pizzorno el problema de las formas de participación política. De un lado el autor diferencia acciones insertadas en el sistema estatal de aquellas acciones extra-estatales (acciones de clase) y de otro lado diferencia acciones en las cuales prevalece la solidaridad política de aquellas en las cuales prevalece la solidaridad privada. Deduce entonces cuatro tipos fundamentales de participación política: el profesionalismo político que se caracteriza por una acción insertada en el sistema estatal en la cual prevalece la solidaridad política; la participación civil en la política, definida como una función de las solidaridades que se forman en la lucha de los intereses privados y que se inserta en la acción estatal. Si bien no tiene como objetivo la transformación de los valores que definen el sistema de intereses vigentes, no excluye para el autor acciones de modificación y corrección del funcionamiento del sistema.

Por último, tanto el movimiento social como la subcultura se caracterizan por su acción extra-estatal. Pero mientras en el movimiento social prevalece la solidaridad política y los objetivos de reforma de la sociedad con vistas al establecimiento de un nuevo orden, la subcultura se caracteriza por el predominio de la solidaridad privada y por el hecho de que acepta los valores de la sociedad global, o por lo menos se somete a ellos.

Parece claro a primera vista que existe una cierta correspondencia entre lo que Pizzorno caracteriza como movimiento social y lo que Goio llama movimiento político. Ya el movimiento de protesta se acerca a la definición de participación civil en la política.

El análisis que hace Touraine de lo que llama conductas sociales las diferencia básicamente según que se orienten en relación al sistema organizacional, al sistema político (entendido como sistema de toma de decisiones) o al nivel de la historicidad (que define el modo de acumulación, el modo de conocimiento y el modelo cultural de una sociedad determinada. Cada uno de estos tipos de conductas sociales corresponde a un sistema de relaciones sociales: a) "las relaciones favorables o desfavorables a las normas y al funcionamiento de una organización. Ellas buscan restablecer un equilibrio o bien a crear un nuevo equilibrio; b) las presiones políticas ejercidas sobre un sistema de decisiones; c) los movimientos sociales que ponen en acción las relaciones de clase y cuya meta ("enjeu") es el control de la historicidad"<sup>8</sup>

Por otro lado están la referencia al Estado (no implicada en ninguna de las conductas sociales definidas anteriormente) y la referencia al cambio, entendido como cambio en la forma de Estado y del tipo de dominación (que una forma de Estado determinada refleja). Esta referencia al Estado es el principal divisor de aguas entre el movimiento social y el movimiento político (o acción política crítica).<sup>8bis</sup>

La acción del movimiento social no está dirigida prioritariamente hacia el Estado y por ende tampoco tiene por objeto la toma del poder, que es por definición el objetivo del movimiento político (acción política crítica, en las



palabras del autor). Ello no significa que en momentos determinados de su desarrollo un movimiento no realice acciones que se ejercen en la esfera de lo político o incluso que no haya convergencia de acciones entre un movimiento político y un movimiento social<sup>9</sup>. Pero los dos no se confunden. La acción de un movimiento social es una acción de clase dirigida contra un adversario propiamente social y no político. Mientras el análisis de un movimiento político exige una perspectiva diacrónica, la de un movimiento social demanda una perspectiva sincrónica<sup>10</sup>. Y ello porque el movimiento social, contrariamente al político, no se propone la transformación del poder del Estado o la creación de un nuevo orden. Lucha por una sociedad distinta, pero en el interior de un campo cultural dado que es la vez el objeto del conflicto.

Lo interesante de esta perspectiva es por un lado que establece una relación entre tipos de sociedad (o etapas de desarrollo en otra terminología) y el conflicto fundamental de clases que definirá el movimiento social (por ejemplo el movimiento obrero en las sociedades industriales) en un momento dado; por otro llama la atención hacia los actores sociales y sus acciones propiamente sociales, diferenciándolas de las acciones políticas. Por último introduce niveles distintos en los cuales se pueden dar las acciones sociales: el nivel de la organización en el cual están en juego las normas y la autoridad; el de sistema político en el cual están en juego las decisiones y por lo tanto la mejora relativa de la posición de los diferentes actores en cuanto a sus posibilidades de influir estas decisiones y, por último el nivel de la historicidad (o de dominación). Allí lo que está en juego es el control de la historicidad. Los actores de este último tipo de acciones sociales son las clases sociales y es en este caso solamente que el autor habla de movimiento social.

El segundo tipo de conducta colectiva definida por Touraine se acerca tanto a la definición de Pizzorno de participación civil en la política como a lo que Goio llama el movimiento de protesta. Ya su definición de movimiento social es bastante particular alejándose tanto de la definición de movimiento social de Pizzorno como de la de movimiento político definida por Franco Goio, de quien ya se acerca bastante respecto a la definición de movimiento político. Con Pizzorno coincide solamente en cuanto a que para los dos autores las acciones desarrolladas por un movimiento social son acciones de clase. Touraine además llama particularmente la atención hacia el hecho de que estas acciones deben ser vistas como parte de un sistema de relaciones sociales y por lo tanto están siempre referidas a un adversario social, o sea son relaciones de clases sociales en conflicto.

No parece ocioso recordar que todas estas diferenciaciones son analíticas y que en la práctica puede haber una diferenciación menos nítida además del hecho de que una acción puede transformarse en el curso de su desarrollo. Recurrir a tales diferencias es sin embargo imprescindible justamente para que el análisis sea posible. Caso contrario estaríamos condenados a describir las conductas sociales por la práctica de los actores sin tomar la distancia mínima que nos posibilita el análisis y que busca, justamente, problematizar la positividad de la práctica de los actores sociales y políticos.

Resumiendo: nosotros hemos privilegiado tres ejes de análisis en la identificación de formas de acción colectiva, el que pasa por la dimensión de cambio (qué tipo de cambio orienta la acción) el que se refiere a la acción clasista y por último el de los canales de participación.

Está claro que más allá de diferencias terminológicas entre los autores mencionados existe un cierto acuerdo en cuanto a distinguir las acciones colectivas según que se orientan a cambios en la estructura de poder, en la forma como se ejerce el poder político, en el contenido de las decisiones. Por otro lado, también se diferencian según que sus acciones sean clasistas en cuyo caso el enfrentamiento es entre actores sociales de clase y lo que está en juego es el sistema de dominación en su conjunto. Caso contrario tenemos conflicto entre distintos grupos sociales que pugnan por mejorar su posición relativa en la estratificación social o en el sistema político y lo que está en juego es la organización social y/o la ampliación de derechos políticos.

Por último nos queda por considerar la dimensión relativa a los canales por los cuales pasa la participación política<sup>11</sup>. Es posible suponer que a tipos de acción colectiva como los que acabamos de mencionar corresponderían diferentes canales de participación. De hecho algunos de análisis como el de Pizzorno ofrecen indicaciones en este sentido cuando hace alusión a la adhesión a partidos políticos a la pertenencia a asociaciones voluntarias o a grupos varios como vehículos de expresión de la participación civil o al contrario al rechazo que los movimientos sociales manifestarían por las formas tradicionales de participación política. Se podría decir entonces que el problema de los canales de participación tienen que ver por lo menos con tres órdenes de factores:

- a) la naturaleza de las demandas
- b) el grado de apertura y de flexibilidad del sistema político, en su conjunto para transformar legítimamente demandas sociales en políticas,
- c) la mayor o menor eficacia y pluralismo de los sistemas de mediación y representación de intereses existentes.

Lo que está planteado respecto a este punto es básicamente el cuestionamiento de las formas tradicionales de participación y en particular la participación que se da por la vía de los partidos. Ello es muy claramente así en el Brasil donde, como dijimos, existiría una tendencia a identificar las protestas de los sectores populares con los “nuevos movimientos sociales”, imputándoles al mismo tiempo un rechazo a los partidos como forma de participación política.

Este punto merece un breve comentario.

### III PARTIDOS POLÍTICOS Y PARTICIPACIÓN POPULAR: ¿UNA ANTINOMIA?

Hablar de la crisis de los partidos y del surgimiento de nuevos actores sociales se ha vuelto casi un lugar común en los análisis políticos y sociológicos recientes. Llama la atención en ese sentido el hecho de que el diagnóstico sobre la crisis de los partidos políticos y el surgimiento de nuevos movimientos sociales (como nuevos actores políticos) esté presente tanto en trabajos realizados sobre sociedades desarrolladas como en análisis hechos sobre distintos países latinoamericanos.

Probablemente con excepción del movimiento feminista, una simple observación de cuáles son las categorías sociales involucradas en los llamados nuevos movimientos sociales en nuestros países y en los países centrales nos daría una indicación de que estamos frente a manifestaciones muy distintas. No es necesario seguirlo totalmente a A. Touraine<sup>12</sup> en su caracterización de la sociedad post-industrial para admitir con él que los movimientos sociales recientes en los países desarrollados son la expresión de nuevos conflictos sociales, propios de estas sociedades. El movimiento estudiantil, los movimientos anti-nucleares, los movimientos regionalistas, los movimientos de las distintas minorías estarían indicando nuevos núcleos estructurales de conflicto, sacándole centralidad política al movimiento obrero que fue la manifestación por excelencia del conflicto estructural de las sociedades industriales. Dos características de los actores de estos movimientos deben ser señaladas; sus miembros no emergen de las categorías sociales menos favorecidas; su carácter de ciudadanos es indudable. Lo que caracteriza la mayor parte de las manifestaciones colectivas englobadas bajo la denominación de movimientos sociales en América Latina, en la última década es al contrario que la movilización parte de los sectores, ubicados en la base de la pirámide social que luchan por mejores condiciones de vida, a veces, por condiciones mínimas de sobrevivencia, y en muchos casos por el acceso a la ciudadanía. Englobar entonces estas manifestaciones políticas en la misma categoría usada para caracterizar los nuevos movimientos sociales en Europa me parece por lo menos arriesgado. Uno de los riesgos es justamente asumir frente a nuestros partidos la misma postura de desconfianza e incluso de rechazo que caracteriza en Europa, a gran parte de estos movimientos. Y ello en América Latina puede llevar a un debilitamiento aún mayor de las instituciones propias de una democracia representativa dificultando por lo mismo la consolidación de los incipientes procesos de democratización política. Lo que aparece a veces poco diferenciada es la crítica de los partidos existentes (programas, formas de actuación) y la crítica más general a la forma partidaria como canal de participación y como soporte al proceso de re-democratización.

Constatamos entonces el surgimiento de una tendencia a la sobreestimación de la participación política no partidaria como alternativa y sustitutiva a la participación por la vía de los partidos.

Otra diferencia entre los partidos europeos y los latinoamericanos que queda desdibujada cuando se habla en general de crisis es su historia y por lo mismo su inserción en sistemas políticos muy distintos. No hay que olvidarse que la democracia liberal de los países europeos les dio a los partidos políticos un rol de mediación entre sociedad civil y Estado transformándolos en canales de participación en el sistema político. Ofte no duda en atribuir la duradera compatibilidad entre capitalismo y democracia (capitalismo competitivo y democracia liberal) al surgimiento y funcionamiento de los partidos de masa y a la competencia partidaria a partir de la primera guerra como mecanismo de mediación<sup>13</sup>.

A este se agrega después de la segunda guerra otro potente mecanismo de regulación de las relaciones socio-económicas y de mediación entre sociedad civil y Estado que fue el Welfare State. El capitalismo dejó de ser solamente competitivo, el rol del Estado ha cambiado, hay nuevos centros de poder y nuevos núcleos de conflicto. En ese contexto se inserta la crisis de los partidos políticos europeos y su puesta en cuestión por los movimientos sociales. Este no es evidentemente el contexto de funcionamiento de los partidos políticos brasileños. Son partidos insertados en un sistema político caracterizado por un alto grado de inestabilidad y de discontinuidad. Es difícil creer entonces que sufren del mismo proceso de desgaste de los partidos de masa de las sociedades europeas.

La pregunta de N. Lechner, "Qué significa hacer política?" es producto de la constatación de que la forma tradicional de hacer política (teniendo como referentes básicos el Estado y el partido) está en crisis y, que hay una pugna por

redefinir la política<sup>14</sup>. Esta crisis es para Lechner la crisis de la democracia que en el capitalismo moderno significa democracia de masas y consiste en lo que él define como “erosión del sujeto de la voluntad política”. El planteo de Lechner es sugestivo y lleva a reflexionar sobre dimensiones de lo que significa hacer política (tales como el problema del orden, de la constitución de los sujetos y de la relación entre moral y política) que han sido efectivamente poco pensados desde la izquierda. Pero una vez más, la tentación es de interpretar la situación latinoamericana fundamentalmente a la luz de la crisis generalizada del compromiso entre capitalismo y democracia”.

Para él, es “esta situación (y no el autoritarismo a pesar de la violencia) la que nos plantea la pregunta por la significación de hacer política”<sup>15</sup>.

Analizar el autoritarismo latinoamericano en el contexto de la evolución del capitalismo y no “como un exótico ‘accident de parcours’ ” (Lechner pág. 26) me parece correcto pero ello no implica que de ahí se pueda deducir que la crisis política que vive gran parte de América Latina tenga características idénticas a la de los países del capitalismo avanzado. En ese sentido suponer que a la imposición del autoritarismo en el Cono Sur y a las dificultades de una ‘salida democrática’ como lo hace Lechner, subyace el hecho de que el desarrollo del orden capitalista (nacional e internacional) se toparía con las limitaciones del Estado del Bienestar y con las del sistema parlamentario de partidos, es ir un poco lejos en la analogía de las dos situaciones.

Una preocupación como la de Lechner no es sin duda ajena al hecho de que el autor reflexiona a partir de la realidad chilena en donde la forma partidaria dominó sin duda la vida política. No es ciertamente el caso de países como el Brasil o la Argentina en los cuales la consolidación de un sistema partidario estable y sin discontinuidad no se ha dado.

Tanto es así que la tendencia más generalizada en los análisis de partidos políticos en el Brasil ha sido la de presentar a los diferentes partidos como no diferenciados ideológicamente y por lo mismo negarles su carácter representativo. A esta crítica “tradicional” referida al aspecto de la representación se agrega la crítica a los partidos como canales de participación. Sin embargo, algunos análisis recientes han puesto en duda esas críticas globales al sistema partidario.

Estos análisis han mostrado, por un lado, la sobrevivencia de los antiguos partidos inclusive los del período 45/64 y por otro lado, lo que es más importante, han mostrado que los diferentes sistemas partidarios, productos siempre de la arbitrariedad del poder han logrado de algún modo expresar, por lo menos en las preferencias electorales, los principales clivajes de la política brasileña<sup>16</sup>. Es la opinión de Glaúcio Soares quien afirma que a pesar de la aparición y desaparición de los sistemas partidarios, los clivajes fundamentales de la política brasileña; el clivaje de clase, el urbano-rural y el local (interfamiliar) no solo no desaparecieron sino que a cada reforma electoral las preferencias electorales se reacomodaron en los nuevos partidos siguiendo las líneas de esos clivajes fundamentales. El autor muestra a través de un análisis de las elecciones desde 1945 hasta 1982 lo que llama una “envidiable estabilidad de la opinión pública”. Este análisis revela una extraordinaria previsibilidad y una serie de relaciones estructurales que resistieron a los más variados intentos hechos por la élite de alterar la expresión electoral de la opinión pública por medio de constantes cambios de las instituciones políticas y partidarias. “Refiriéndose a la extinción del bipartidarismo en 1979, también, María C. Spina Forjaz concluye de modo semejante cuando dice que ella “no significó apenas desmontar formas partidarias vacías de representación social sino que implicó la efectiva desactivación de canales de agregación de intereses y expresión de demandas”<sup>17</sup>.

Queda la pregunta, qué intereses y qué demandas.

La respuesta a esta pregunta nos remite a la cuestión más general sobre las funciones de los partidos. Los partidos son definidos por la teoría política como estructuras de articulación y de agregación de intereses. Pero no cualquier tipo de interés sino aquellos que pueden ser presentados como generales. En consecuencia las demandas que formulan los partidos tienden a perder especificidad. Me remito aquí a las consideraciones de Pizzorno<sup>18</sup> sobre las dificultades enfrentadas por los partidos de masa modernos para tomar a su cargo la representación de intereses específicos y sobre la necesidad de poner en cuestión, por lo tanto el rol privilegiado concedido por la teoría liberal a los partidos políticos como mediadores entre el Estado y la sociedad civil. Wanderley G. Dos Santos<sup>19</sup> llama la atención para un problema semejante cuando señala el monopolio de la oferta de participación (vía representación) que han detenido los partidos políticos, por lo menos teóricamente. El fortalecimiento de organizaciones de base cuyos principios de identificación son más específicos que la ideología partidaria (que propone una orientación global para la sociedad) quiebran en la práctica este monopolio de la participación y crean, como señala también Pizzorno<sup>20</sup>, áreas de igualdades que favorecen la participación basada en la solidaridad entre iguales. Pero en un sistema pluralista de representación ello no implica ni en la teoría ni en la práctica un decreto de falencia del sistema partidario.



Una clara indicación en ese sentido fue el rol preponderante jugado por los partidos políticos en el Brasil durante la campaña, en favor del retorno de las elecciones directas para la presidencia de la República. La movilización de la población y su presencia masiva en las calles en comicios multitudinarios fue directamente proporcional a la acción mancomunada de los partidos de oposición. Cuando el PMDB, principal partido de oposición, cambia su estrategia y decide seguir el juego político en el Colegio Electoral la movilización por la directas pierde vigor y los intentos hechos (inclusive con la participación del PT) de nuevas movilizaciones fracasan totalmente.

Otra constatación que va todavía en el mismo sentido fue hecha por Renato Boschi, en una investigación sobre asociaciones de vecinos en la ciudad de Río de Janeiro en 1982, año de elecciones. En ella el autor muestra que el proceso electoral tiene un impacto desmovilizador respecto a las actividades específicas de las asociaciones<sup>21</sup>.

Creo que más que replantear la vieja dicotomía entre organización y espontaneísmo, la cuestión está en buscar las articulaciones a nivel de la teoría y de la práctica política 'entre lo social y lo político. Los partidos políticos latinoamericano y en especial los brasileños siempre tuvieron en el Estado su principal referente, en muchos casos son creaciones del Estado como los antiguos PTB y PSD y en un periodo más reciente, la Arena y el MDB. El MDB, ahora PMDB, principal partido de oposición actualmente, es también, aunque indirectamente fruto del régimen autoritario instaurado en 1964. A pesar de los esfuerzos hechos por el partido para incorporar los movimientos sociales, de base ello no siempre se dio, porque, como señala Cardoso<sup>22</sup>, fue visto como parte del orden autoritario y como poco permeable a la participación popular. Pero Cardoso señala al mismo tiempo la existencia de una actitud que tiende a sobreestimar los movimientos sociales y a subestimar la función política de los partidos.

El PMDB, ha buscado de forma más sistemática ampliar la relación con los movimientos sociales sobre todo en la periferia de las grandes ciudades donde estos movimientos son más activos. Por otro lado el PT (Partido de Trabajadores) que nace con una propuesta de ser un partido de "abajo hacia arriba" y que se pone claramente del lado de los "movimientos sociales", de la participación de base, tiene dificultades en constituirse como partido, en la medida en que tiene que enfrentarse con tendencias espontaneístas y en el límite anti-partido en su interior mismo. Los resultados de las elecciones de noviembre del 82 en las cuales la votación del PT fue sorprendentemente pobre han mostrado que el partido no ha logrado traducir políticamente su implantación social en la base. Vale la pena a este respecto reproducir algunas observaciones de F. Weffort, miembro de la Comisión Ejecutiva Nacional del PT. La propuesta del PT, dice Weffort es la de ser un partido de masas, abierto y democrático. Pero si bien no hay duda sobre su carácter abierto y democrático el PT no es aún un partido de masas y tres son los problemas señalados por Weffort como cruciales: uno de orden claramente organizacional interna relativa a la necesidad de renovación de su dirección y no nos interesa directamente. Los otros dos se remiten a la dificultad del partido en conciliar su rol parlamentario con su actuación junto a los movimientos sociales y en definir el rol de estos movimientos dentro de la estructura del partido. Weffort reconoce que "el PT tiene gran número de militantes presentes en los movimientos sociales y culturales del país pero no ha tenido, como partido una actuación correspondiente. Llevó algún tiempo hasta que se comprendiera que el simple hecho de que el partido definiera una política sindical, por ejemplo, no significa una ruptura con el principio de la autonomía de los movimientos sociales. Hemos superado la dificultad en el área sindical pero estamos en retraso respecto de los otros sectores". Señala además que los equívocos sobre que es un partido de masa aparecen sobre todo en las discusiones sobre las actividades y sobre el rol parlamentario del partido y concluye que de las tres promesas (Partido abierto, democrático y de masas) la tercera está aún por cumplirse<sup>23</sup>.

#### IV LA PRESENCIA DE LOS SECTORES POPULARES EN LA ESCENA POLÍTICA: EL RESURGIMIENTO DEL ASOCIATIVISMO POPULAR.

El resurgimiento de la presencia de los sectores populares en la vida política brasileña a fines de la década del 70 es un hecho indudable. Este resurgimiento se ha manifestado básicamente a través de acciones colectivas de protesta y/o de reivindicaciones con la presencia popular en la calle.

Pero también a través de acciones de ayuda mutua que no iban más allá de los límites de los barrios, o aún de peticiones y hasta de negociaciones con las autoridades.

En esta parte del trabajo, haremos una breve presentación de estas formas de manifestaciones de los sectores populares con el objeto de, a la luz de las distinciones entre formas de acción y de participación política discutidas en la sección precedente dilucidar el interrogante planteado al comienzo del trabajo.

Elegimos como base para el análisis las asociaciones de moradores las SABs (Sociedades Amigos de Barrio) y las CEBs (Comunidades Eclesiales de Base) por ser las que más se destacaron en cuanto a su capacidad de movilización de recursos y a la visibilidad de su acción. La mayoría de los movimientos de barrio por guarderías, infraestructura, servicios de salud, etc., tienen en ellas su origen y desarrollo.

Si bien las acciones desarrolladas por esas organizaciones buscan en la mayoría de las veces objetivos similares e incluso hayan desarrollado muchas veces acciones conjuntas de reivindicación sus principios organizacionales, no son idénticos. La relación que mantienen con agentes externos e inclusive sus objetivos en tanto organización difieren también considerablemente<sup>24</sup>.

#### A) COMUNIDADES ECLESIALES DE BASE (CEBS)

Entre las nuevas modalidades de participación popular en el Brasil están las Comunidades Eclesiales de Base. Hablamos no casualmente de participación popular y no de participación política. Ello porque las CEBs son en principio, organizaciones de cuño clerical y nada nos lleva a definir las, a priori, como organizaciones políticas. Antes que nada hay que señalar su carácter novedoso al interior de la Iglesia ya que revelan un cambio en las posiciones ideológicas de una parte importante de la jerarquía eclesiástica brasileña. La iglesia ha sido siempre un actor político, en la mayoría de las veces negándose como tal y hablando en nombre de la religión y de la moral. Hacia política al modo de los tecnócratas que en nombre de soluciones técnicas, hacen pasar por neutrales decisiones evidentemente políticas. Pero últimamente fracciones muy considerables de la iglesia han "tomado posición", saliendo de la neutralidad, desde la cual hablaban "en nombre de Dios" y empezando a hablar "en nombre del pueblo", a veces casi confundiendo con él<sup>25</sup>. Por ejemplo, cuando D. Paulo Evaristo Arns, Cardenal de Sao Paulo, dice: "... a Igreja se considera o povo de Deus, o povo organizado. Portanto, ela faz parte da história do povo. Se o povo sofre, se o povo está em conflito, a Igreja evidentemente participa de todas as angústias dele" <sup>26</sup>.

La consolidación de esta tendencia progresista se hace además en un momento de auge del autoritarismo lo que por un lado aumenta la visibilidad del fenómeno de transformación y por otro permite que se hagan públicos reclamos y reivindicaciones, transformándolos en políticos. Las CEBs son una especie de consecuencia, a nivel organizacional, de las transformaciones doctrinarias e ideológicas de la Iglesia. Y aquí creo que se hace necesaria una diferenciación entre el papel de la Iglesia como actor político y como agente movilizador.

El rol político de la Iglesia católica en Brasil no tiene desde luego carácter de novedad. Su participación como actor político es una constante en la historia brasileña. Pero lo que sin duda ha ocurrido en la última década es un cambio en la orientación pastoral de la Iglesia acercándola no sólo a los sectores populares sino también a las "oposiciones" políticas. Es la Iglesia, seguida por otras instituciones de la sociedad civil quien habla en nombre de los derechos humanos, denuncia torturas, toma la palabra por los presos políticos.

No hay duda que en la sociedad brasileña, la jerarquía de la Iglesia, es parte de la elite así como lo son el "Ordem Brasileira de Advogados", la "Associação Brasileira de Imprensa" el mismo "Movimiento Democrático Brasileiro" (transformado después en PMDB). La Iglesia se junta entonces (y casi diríamos lidera) al movimiento de oposición de las elites liberales brasileñas al autoritarismo del régimen que tiene su peor momento a comienzos de los años 70. A través de sus "Comissoes de Justiça e Paz", de los "Centros de Defesa dos Direitos Humanos", de las "Comissoes de Pastoral de Terra" e otros organismos, la Iglesia denuncia la violación de las libertades civiles y de los derechos humanos. Si bien es cierto que no podía garantizar la inmunidad individual de sus miembros (y las prisiones, torturas y asesinatos de curas y otras represalias lo han demostrado), la Iglesia como institución disfrutaba y disfrutaba de una inmunidad que prácticamente no tiene paralelo en la sociedad brasileña, y que ayudó a abrir un espacio político que poco a poco será ocupado por otros actores. Me parece importante diferenciar este tipo de acción del otro, o sea, de la participación de la Iglesia como portavoz de los pobres y como agente movilizador de la participación popular. La organización de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs) corresponde mucho más a eso que estamos llamando el rol de la Iglesia como agente movilizador de la participación popular.

Más allá de la polémica sobre el rol específicamente político de las CEBs y sobre su carácter de movimiento social no hay duda que son una experiencia bien exitosa de organización popular. Ello es tanto más marcado en el Brasil donde a diferencia de otros países latinoamericanos, la tradición de organización de asociaciones voluntarias no es importante. Ni los sindicatos ni los partidos políticos tuvieron éxito desde el punto de vista organizacional. Ello no impedía evidentemente que en determinadas conjunturas políticas actuaran como agente de movilización popular y como canales de expresión de demandas pero sin una base organizacional que permitiera dar continuidad y sistematicidad a esta participación casi espasmódica de los sectores populares. Los intentos recién empezados de una organización más efectiva fueron interrumpidos duramente después de 1964. El interés de las CEBs reside justamente en ofrecer canales de participación cotidiana, en función de problemas muy concretos y específicos de los sectores populares. Esta experiencia acumulativa de participación puede (y de hecho lo hizo) traducirse en momentos determinados en participación y en reivindicación política. "Son una experiencia nueva de participación de los legos en la vida de la Iglesia Católica (que) asumen su real importancia social y política al no limitarse a ser exclusivamente grupos de carácter piadoso" transformándose en "formas nuevas de asociación popular para la

discusión de problemas vitales, que en el campo y en la periferia de las grandes ciudades, afligen a las clases trabajadoras<sup>27</sup>.

Sin duda una de las claves del éxito de las CEBs en los sectores populares, en particular en las periferias de las grandes ciudades, es que reconstituyen relaciones primarias, a partir de la formación de pequeños grupos (rara vez los núcleos de base están formados por más de 60 personas). Las CEBs se organizan en base a grupos de vecindad recreando lazos de solidaridad de tipo comunitario que la vida en las grandes ciudades tiende a destruir. Otro aspecto de la organización que parece notable en las CEBs es que crean un espacio para la participación familiar. "Muchos miembros de las CEBs se refieren a ellas como si representaran el retorno deseado a un estilo de relacionamiento rural o característico de las pequeñas ciudades...<sup>28</sup>. Pero lo que sin duda responde en gran parte por el éxito de estas organizaciones es que si bien son de cuño religioso y constituidas por curas y monjas han logrado que la religión deje de ocuparse solamente "del reino del cielo". Y eso en situaciones de enorme carencia de recursos, como es el de las poblaciones periféricas, significa hacerse cargo de problemas tales como falta de agua, falta de luz, acumulación de residuos no retirados por la municipalidad, inexistencia de guarderías, escasez de transportes, etc... "En la mayoría de las veces, la práctica del auxilio mutuo se fortalece y se desdobra a través de pequeños proyectos de actividades comunales. A partir de la reflexión sobre la situación específica del barrio y de las necesidades más urgentes de los moradores, y a la luz del Evangelio que es leído y discutido, estos proyectos son elaborados con la participación de los miembros de una o varias comunidades eclesiales existentes en el lugar. Discutidos, estudiados, pensados, se sigue entonces la votación para determinar qué proyectos serán ejecutados en primer lugar"<sup>29</sup>.

Esta visión casi idílica de funcionamiento no refleja probablemente la totalidad de las CEBs pero revela la concepción de la Iglesia buscando redefinir su inserción en la sociedad. La práctica del voto y el incentivo a las discusiones significó también un intento notable de implantación de mecanismos de democracia de base, en una coyuntura política autoritaria que restringió la participación y el derecho a expresarse de la mayoría de la población. Las discusiones traen a la luz problemas tales como, alumbrado público, transportes, desempleo, salario, etc., que involucran necesariamente responsabilidades públicas cuyas soluciones, por supuesto están más allá de las posibilidades de la ayuda mutua y de la exclusiva acción de los moradores. El salto a la política con la transformación de estas necesidades en reivindicaciones políticas, hechas a las autoridades locales o regionales ni siempre se da. Ni la conciencia de ciudadanía, ni la transformación del morador en un actor político es un paso automático pero lo que sí puede hacer la participación en las CEBs es crear posibilidades para la transformación de algunas de estas prácticas cotidianas en prácticas políticas, en la medida en que se estimula la formulación de reivindicaciones como un "derecho político".

En el formato organizacional de las CEBs se cumple también indiscutiblemente uno de los condicionantes de la participación señalados por Pizzorno: la igualdad entre los miembros, y el sentimiento de identificación de cada uno con el colectivo. Además, la formación de áreas de igualdad, producto de la actuación de un sistema de solidaridad sobre la estructura y sobre los valores de un sistema de intereses funciona como una contraparte a la falta de centralidad política de estos actores. Es exactamente el caso de los sectores periféricos de las grandes ciudades. La organización de estos núcleos eclesiales enfatizando la democracia interna, las decisiones consensuales y una baja o casi nula diferenciación entre bases y cúpulas corresponden a la descripción de "organizaciones colectivistas" hecha por Joyce Rothschild Whit como modelo organizacional alternativo al modelo racional burocrático<sup>30</sup>.

Es difícil evaluar en la actualidad el número de CEBs en funcionamiento. Las estimativas van de 50.000 a 150 ó 200.000. Es importante señalar que son bastante heterogéneas en cuanto a la actividad que desarrollan. Además no hay que olvidarse que dependen mucho de la orientación de la Iglesia que desde luego, no es homogénea y si bien se puede hablar de una predominancia de los sectores progresistas en los últimos años, hay resistencias internas de sectores tradicionales en cuanto a la concepción del evangelio y de la práctica religiosa. Como señala Pierucci: "el cardenal de Sao Paulo, D. Evaristo Arns, asumió las CEBs como parte de la estructura misma de la Iglesia, ubicándolas como resortes básicos de las prioridades pastorales de su arquidiócesis (Pastoral del Mundo del Trabajo, Pastoral de la Periferia, Pastoral de los Derechos Humanos y de los Marginalizados); al contrario el cardenal de Río de Janeiro D. Eugenio Sales, ha demostrado públicamente sus reservas en relación a los rumbos adoptados por las CEBs. No es difícil concluir que, en cada una de estas arquidiócesis será muy distinto el dinamismo de las comunidades de base"<sup>31</sup>.

Destacamos anteriormente cierta tendencia de los análisis a sobreestimar el carácter autónomo e impermeable a las influencias de agentes externos, que caracterizaría los "movimientos de base". Esta tendencia es particularmente acentuada en relación a las CEBs. Ello ha impedido muchas veces ver y analizar las relaciones entre las CEBs y la estructura de la Iglesia; se ha subestimado también la influencia ideológica que los agentes eclesiales han ejercido sobre ellas. No hay que olvidarse que en definitiva las CEBs son parte de la estructura organizacional de la Iglesia. J.

Carlos Petrini en un estudio reciente muestra ser la Iglesia la responsable de la mayor parte del material ideológico utilizado por las CEBs para desarrollar sus actividades<sup>32</sup>.

El agente pastoral dirige las ceremonias rituales, participa de las reuniones y mantiene una supervisión sobre las diferentes actividades desarrolladas por las CEBs. Tampoco hay que olvidarse que la Comunidad de Base es parte de una parroquia, en donde a través del cura y del consejo eclesial está representado el poder eclesiástico. Al interior de la jerarquía es la parroquia la unidad responsable por la ejecución del plan de acción pastoral, preparado anualmente por la Iglesia. Este plan se hace para cada Estado, según prioridades decididas después de consultas a todas las comunidades y grupos de base. El sector es la menor unidad organizacional dentro de la jerarquía. Varios sectores se reúnen bajo la responsabilidad de un obispo auxiliar que funciona como un eslabón de ligazón entre los varios sectores y con niveles superiores de la jerarquía. Cada sector tiene a su vez varios agentes de pastoral, un coordinador (elegido cada tres años), varios equipos de trabajo formados por agentes pastorales que son profesionales de la iglesia y por legos que trabajan voluntariamente. Petrini llama la atención para el carácter fuertemente burocrático de la actual organización -que parece según él, teóricamente descrita por Max Weber en su capítulo sobre la estructura burocrática- salientando al mismo tiempo que tal estructura no existe en el funcionamiento interno de las CEBs. Ahí la Iglesia busca, al contrario recuperar el modelo de las primeras comunidades cristianas "verificándose así una interesante simbiosis entre el poder burocráticamente organizado y el carisma"<sup>33</sup>.

Como parte de las transformaciones por las cuales ha pasado la iglesia, hay que destacar aún el cambio de su actitud en relación a los partidos. La iglesia pasa de una posición supra-partidaria, como dice Pierucci, a una posición pre-partidaria<sup>34</sup>. La caracterización de pre-partidaria me parece poco adecuada, si con ello estamos pensando en una etapa posterior, deseable, en la cual la iglesia tendría una posición abiertamente partidaria. Es lo que parecería sugerir Pierucci<sup>35</sup> diciendo que la iglesia pasa de una postura marcadamente supra-partidaria a otra que si bien no es partidaria es por lo menos positivamente pre-partidaria. No hay por qué pedir de la iglesia una postura partidaria, en el sentido de apoyo a un partido, pero sí es importante señalar su postura pro-partidaria, en general, en el sentido de la legitimación de la política y de los partidos. Y en ese sentido me parece más pertinente señalar como lo hace el mismo Pierucci el hecho de que los partidos, sus programas, su identificación, o no, con los sectores populares, sus posibilidades de representación popular, pasan a ser objeto de discusión vehiculada por la iglesia que se aleja así de la visión tradicional de valorización de los candidatos en detrimento de los partidos.<sup>(1)</sup>

La heterogeneidad de posiciones al interior de la iglesia es mostrada y analizada por Luis Alberto Gómez de Souza<sup>36</sup> en un trabajo sobre la política partidaria en las CEBs, a partir de los planteos hechos por miembros de la jerarquía y de militantes de base en el IV Encuentro Inter-Eclesial de las CEBs. Uno de los aspectos señalados, a mi juicio con mucha justeza, es la dificultad relativa enfrentada por la iglesia de reubicarse en la nueva escena política creada con el proceso de apertura. Ello en la medida en que deja de ser el portavoz casi único de sectores populares y de grupos políticos reducidos al silencio por la represión, y pasa a ser una de las voces, o uno de los actores políticos, entre varios otros, que pugnan por el liderazgo de los movimientos y de las organizaciones populares. El autor detecta por parte de muchos agentes de la pastoral "una cierta nostalgia por los tiempos en que la Iglesia era uno de los pocos espacios en la sociedad civil abiertos a la organización y a la reflexión". Frente a los dirigentes políticos o sindicales habría entonces cierta perplejidad, cuando no cierta reticencia, en la medida justamente que ponen en cuestión este monopolio de la organización. Pero también está presente la posición opuesta de los que descubren o re-descubren la política partidaria. La crítica al basismo y al espontaneísmo de las CEBs, empiezan así a hacerse desde adentro de la misma Iglesia.

## B) LAS SOCIEDADES DE AMIGOS DE BARRIOS.

---

<sup>(1)</sup> Merece un comentario la relación de las Cebes, con el "Partido das Trabalhadores" (PT). Quizás el carácter basista del PT, su auto-definición como un partido distinto, de "abajo hacia arriba", participacionista, no elitista y su real preocupación por crear núcleos partidarios en los barrios periféricos ha llevado a una sobreestimación de su influencia en las CEBs. El resultado de las elecciones del 82 fue una demostración clara en ese sentido. Me remito a una entrevista concedida en agosto del 82 por A. O. Cintra y A. L. Paixao ao "Jornal do Brasil" en la cual llamaban la atención sobre esta tendencia. Señalaban la dificultad de evaluar las consecuencias de estas organizaciones para los partidos políticos y basándose en los resultados de las elecciones del 78 afirmaban que el peso electoral de las CEBs podía estar siendo sobreestimado. "Este apoyo (al P.T.) que se supone bastante elevado, parece reflejar mucho más la aquiescencia de las bases ala autoridad del agente pastoral que una adhesión espontánea de las masas periféricas a las proposiciones políticas del partido. A pesar del intento de "hacer hablar el pueblo es difícil escapar de la creación de una nueva forma de poder y control del agente pastoral, laico o religioso, sobre el pueblo". Lo mismo se dió en relación a las elecciones del 82.



La mayoría de la información disponible se refiere a Sao Paulo donde ya en 1934 se funda la Sociedad de Amigos de la Ciudad que parece haber sido el modelo a partir de la cual se fundan después, en la década del 40, las primeras SABs. Quizás sin tener la importancia de las SABs las asociaciones de moradores en Río también son bastante antiguas. Inclusive en las favelas.

Comparadas a las CEBs, las SABs se asemejan mucho más a grupos de interés. Si bien es cierto que las comunidades eclesiales de base se ocupan de problemas que podemos catalogar como específicos de los "moradores", sus objetivos son más generales y difusos y no hay que perder de vista su carácter religioso. Las SABs en cambio, sobre todo en los barrios populares, tienen una función muy clara desde su comienzo que es la de articular demandas locales. En ese sentido son organizaciones políticas, y si bien fundan internamente su identidad, (el barrio) su interlocutor (y/o adversario) es externo; la autoridad pública. En ese sentido también se diferencian de las CEBs, cuya acción puede -o no- sobrepasar las fronteras de barrio.

La definición de la SABs como mecanismos de mediación entre "pueblo" y "gobierno" coincide con su autodefinición en la cual queda clara, también, su pretensión de ejercer un rol de representación de la población frente a los poderes públicos y en el límite de ejercer el monopolio de esa representación. "La Sociedad Amigos de Barrio es un organismo representativo de la comunidad de una determinada área geográfica cuyos objetivos son: representar a su barrio y a su comunidad; co-participando con la población estudiar, definir y buscar soluciones para los problemas comunes; capitalizar los recursos comunitarios transformándolos en servicios para la colectividad" <sup>37</sup>.

Este carácter de organismo de mediación y representación es enfatizado en todos los documentos de las SABs en los cuales se señala que nacieron como organismos de prestación de servicios específicos a la población por intermedio de la reivindicación de recursos urbanos y sociales a los poderes públicos. Como señala también F. Boschi: "estos movimientos traducen luchas vinculadas a la reducción de incertidumbres en el plano de actividades rutinarias complementarias a la esfera de la producción y es lícito suponer que guarden una relación más concreta con los agentes implementadores de políticas en aquellas áreas" <sup>38</sup>. Estos son políticos o funcionarios de agencias estatales. El riesgo de la cooptación y del clientelismo está evidentemente presente y es señalado a veces por los mismos dirigentes que hablan del "atrelamiento político" de las SABs.

La existencia de las Sociedades Amigos de Barrio no es en sí un fenómeno nuevo. Pero su número ha aumentado en los últimos años así como se ha intensificado su actividad. En Sao Paulo, por ejemplo, la creación de muchas de las asociaciones de barrio se da en la década del 50 durante la campaña para la elección de alcalde de la ciudad de Sao Paulo. El candidato elegido Janio Quadros es apoyado por dos pequeños partidos pero conduce su campaña y gana la elección en base a la movilización de poblaciones de la periferia formando Comités Electorales por barrios. Varios de estos Comités fueron después transformados en SABs que se van constituyendo en "cadenas de ligazón entre la población carente de servicio básicos y el poder público que tenía la posibilidad de atender por lo menos parcialmente las reivindicaciones presentadas" <sup>39</sup>. La victoria de Janio en las elecciones para gobernador del estado de Sao Paulo en 1954 y para Presidente de la República en 1960 es también explicada en gran parte por la base electoral creada a partir de las organizaciones de barrio que empiezan de cierto modo a actuar como máquinas políticas. Otros políticos siguen el ejemplo de Janio y las SABs se transforman en base de apoyo para consejales, diputados federales, estatales y ocupantes o aspirantes a cargos en el ejecutivo <sup>40</sup>.

La relación cercana con los políticos y con los partidos es una constante en la historia de las SABs y también constantes los intentos del poder público y en general de los políticos de cooptarlos. La relación con las autoridades y con los políticos (del gobierno y de la oposición) es más directa y también más visible en el caso de las SABs que en el de las CEBs. No es raro que las SABs hayan sido acusadas de aceptar patrones clientelísticos y de no expresar los "verdaderos" intereses de los sectores populares. Un ejemplo es el de Paul Singer cuando señala que las SABs se confrontan con el dilema de transformarse en una auténtica expresión de los movimientos populares (que según él se están articulando bajo la inspiración de las CEBs) o perder sus bases de apoyo local limitándose a ser nada más que representantes locales de los intereses de las clases dominantes <sup>41</sup>. Las posibilidades de cooptación de las SABs por las máquinas políticas de los diversos partidos es desde luego real. Y han sido señaladas inclusive, como dijimos por miembros de SABs. Lo que llama la atención en la literatura es que los mismos autores que alertan sobre la "influencia externa" en las SABs estén menos dispuestos a ver como "externa" la influencia de la Iglesia en las CEBs, consideradas como mucho más auténticamente populares y autónomas.

No hay duda que las dos organizaciones compiten directa o indirectamente por el liderazgo de los sectores populares en la periferia, sobre todo en ciudades como Sao Paulo que han recibido los mayores contingentes migratorios en los desplazamientos poblacionales más recientes. Creo que se puede hacer una diferencia, aunque no tajante, en la forma de actuación de los dos tipos de organización. Las sociedades de Amigos de Barrio parecerían tener una mayor inclinación a la utilización de los canales institucionales para la presentación de sus reivindicaciones, mayor



tendencia a la utilización de las redes locales y regionales de poder, mayor contacto con los partidos, con las administraciones locales. Ya las Comunidades Eclesiales de Base parecen recurrir más bien a la ayuda mutua y a la realización por parte de los mismos pobladores de acciones que en principio son de competencia del poder público y, cuando ello es imposible recurren a la movilización de los interesados lo que tiende a desembocar en acciones de protesta directa.

Hay una diferencia también en cuanto al funcionamiento organizacional. Mientras las CEBs, como vimos se inspiran del modelo de las "colectivists organizations", las SABs se acercan al modelo burocrático con un sistema jerarquizado en el cual la diferencia entre dirigentes y dirigidos es visible disminuyendo entonces, entre los miembros, el sentimiento de la participación entre iguales. La atracción que ejercen las CEBs sobre todo en la periferia preocupa a las SABs y fue tema de debate en el último Seminario Paulista de SABs realizado en marzo del 84 en Sao Paulo.

Esas diferencias en los métodos de acción son muy probablemente las que inducen a caracterizar las luchas y reivindicaciones populares impulsadas por las CEBs como más autónomas y democráticas. Ello porque su forma de acción aparece como más cercana a la posición espontaneísta, anti-institucionalizante y hasta cierto punto antipartidaria que todavía predomina en buena parte de la izquierda brasileña. Esta tendencia ha llevado a minimizar la actuación de la Iglesia en tanto organización, maximizando el aspecto de la acción comunitaria y el de la movilización colectiva que trasciende muchas veces el límite del barrio. Conuerdo con A. M. Daimo César que después de estudiar el movimiento de transportes en un barrio de Vitoria (Espírito Santo) conducido por las CEBs pone en duda afirmaciones sobre la autonomía de estos movimientos, como por ejemplo la que hace V.C. Brant: "la notable autonomía de esos movimientos, tanto en relación a los partidos tradicionales (de los cuales se excluye el PT) como en relación a los grupos clandestinos de izquierda, impone una redefinición del cuadro político de la oposición. Son muchas veces movimientos surgidos de la base, impedida de articulación política o desencantada de las mediaciones políticas propuestas en el pasado"<sup>42</sup>. Y en aquellos casos en donde la intervención de la Iglesia está explícitamente reconocida, esta última aparece como preferible y hay inclusive cierta exaltación del rol positivo, porque resultado de una representación "auténtica" de los intereses o de las reivindicaciones populares. Paul Singer no duda en afirmar que "la multiplicación de las CEBs en la Gran Sao Paulo, sobre todo en los barrios obreros suscitó un nuevo movimiento de luchas locales. Al mismo tiempo en que retorna las reivindicaciones ya clásicas de las SABs, por servicios urbanos básicos —transporte, saneamiento, asistencia a la salud, etc.— levanta nuevas banderas que tienden a sobrepasar el ámbito puramente local, unificando y movilizando la población de la periferia alrededor de objetivos más amplios"<sup>43</sup>. Lo nuevo según Singer que contrasta con las SABs "es que él (el movimiento de barrio) surge a partir de una propuesta hacia adentro; crear una nueva conciencia, una mentalidad de unión para la autoayuda en la población. Las principales actividades de las CEBs —Club de Madres, grupos de reflexión, cursos, compras en común— tienen todas este objetivo. La acción hacia afuera resulta de esta actitud y las reivindicaciones levantadas asumen un carácter de exigencia de derechos y no de dádivas a ser obtenidas mediante negociación con los representantes del Estado"<sup>44</sup>.

Creo que tanto la preferencia clara por la ayuda mutua y la acción sustitutiva (de la acción del Estado) así como el rechazo implícito de la negociación con los representantes del Estado llevadas a un extremo pueden concluir en actitudes y en acciones que calificaría como pre-políticas (en el sentido dado por Hobsbawm cuando analiza los primitivos de la revuelta) y que se justifican en un momento de cierre de los canales institucionales pero que no tienen porque ser erigidos en modelos de acción política. La opción relativa a los modelos de práctica política se vuelve un problema agudo justamente en los momentos de apertura política cuando se evidencia la necesidad de incorporar a la actividad política "legalizada" o "legitimada", experiencias, de una práctica política que no se podía presentar como tal.

### C) MOVIMIENTOS DE BARRIOS.

Las movilizaciones que tuvieron mayor repercusión pública se originaron en los barrios periféricos de las grandes ciudades impulsados en su gran mayoría por reivindicaciones de mejores condiciones de vida. Básicamente, reivindicaciones por mejoras en los servicios urbanos (agua comente, colecta de residuos, pavimentación, transportes) en los servicios de salud y educación, o sea, reivindicaciones muy puntuales y específicas, circunscribiéndose en la mayoría de las veces a los límites del barrio. Estas movilizaciones estuvieron como lo hemos señalado originadas en la gran mayoría de las veces en las CEBs y/o SABs.

En términos muy generales se podrían dividir las acciones colectivas promovidas por sectores populares en los años recientes en dos grandes tipos: un primer tipo que podíamos llamar "acciones reactivas" y un segundo que llamaríamos "acciones de iniciativa". Las primeras son una reacción a decisiones del sector público (el ejemplo más

típico es el de la política urbana) mientras que las segundas son acciones, que al contrario, apelan a decisiones del sector público llamando la atención justamente sobre la omisión del Estado en diferentes niveles de la administración. Los ejemplos de este segundo tipo de acción son múltiples: movimientos de “creches” (guarderías), movimientos de transportes, movimientos de salud, de loteamientos clandestinos, etc.

El primer tipo de acciones se desarrolla en respuesta a decisiones del sector público que representan una amenaza. Es el caso de varios movimientos de faveladas en Río de Janeiro, estudios por Carlos Nelson Ferreira dos Santos<sup>45</sup> en las cuales a una primera reacción de resistencia y conflicto frontal con el Estado (representado por alguna de sus agencias), suele seguir relaciones más negociadas. En la mayoría de la veces que se da esta situación es cierto que el estado también cambia la forma de su intervención inicial. Esto, en la mayoría de los análisis es visto nada más que bajo un aspecto: el de la cooptación de los sectores populares, por el estado.

Es el caso, también analizado por C. N. Ferreira dos Santos de Brás de Pina,<sup>46</sup> una favela que debería haber sido erradicada y que a raíz de la resistencia impuesta por los moradores termina siendo “urbanizada” en una acción conjunta de los “moradores” y de técnicas del gobierno.

El cambio en la forma de intervención del estado, que pasa de enemigo a aliado introduce, por supuesto, modificaciones en la relación de los actores implicados a comenzar por el cura que pierde su rol de intermediario privilegiado entre los moradores y las autoridades. La relación de los moradores con el Grupo de Trabajo del Gobierno conflictivas al comienzo, pasan por un momento de desconfianza recíproca, entrando después en una fase de identificación de los objetivos, y de cooperación. A medida que las obras evolucionan los técnicos empiezan a relacionarse directamente con las familias interesadas pasando por encima de la Asociación de Moradores y creando así un vaciamiento en su rol de representación y de intermediación. La forma como la remodelación es dirigida por los técnicos del gobierno estimula el individualismo y debilita la cohesión de los moradores, que había sido muy fuerte mientras pesaba la amenaza de la erradicación. La evaluación de los resultados en términos tanto políticos como sociales no es sencilla. No hay duda que hay manipulación, que la ingerencia del Estado modifica la identidad de los actores (favelados), que la asociación de moradores pierde espacio y su rol de representación es vaciado. Pero tampoco conviene dejar de considerar que el gobierno se vio obligado a alterar su política de movilizar recursos para la remodelación de la favela que no es erradicada sino remodelada y urbanizada. Todos los problemas no fueron resueltos, evidentemente, pero aunque la movilización inicial decae, a medida que las obras avanzan la experiencia de la participación y la experiencia de la negociación son de algún modo incorporadas a la práctica política creando también antecedentes para otras manifestaciones.

Boschi y Valadares<sup>47</sup> describen otras situaciones de amenaza social cuyo resultado fue también la formación de identidades colectivas y la creación de organizaciones. Trátase de las Asociaciones de Moradores y Amigos de Barrio de Curitiba. A diferencia de Brás de Pina, el movimiento se inicia en una favela pero logra posteriormente reunir un conjunto de asociaciones. El contexto en el cual surge es también el de amenaza. El conflicto inicial no es con el Estado sino con un supuesto propietario que decide cercar el área. En un segundo momento el confronto se establece con la Municipalidad, que intentaba impedir la construcción en el área. Los moradores se movilizan logran apoyo externo (abogados, políticos, prensa) y la policía se retira de la favela. Este episodio llevó a la creación de una asociación formal para la defensa de los intereses de los moradores y surge la primera Asociación de Moradores y Amigos de Barrios de Curitiba (1978). Otras asociaciones son creadas y promueven (menos de un año después) una concentración para lanzar la reivindicación del derecho de posesión del morador sobre el terreno ocupado. “Se inicia entonces una nueva fase de relaciones moradores/ Municipalidad abriéndose canales de negociación directa, en contraposición al conflicto frontal que caracterizaba hasta entonces las relaciones”<sup>48</sup>.

El trabajo de Eli Diniz<sup>49</sup> sobre asociativismo y participación social en las favelas de Río confirma que la amenaza externa es un factor importante incidiendo en la formación de organizaciones de los sectores populares. Los datos sobre fecha de fundación de 103 asociaciones con las cuales la autora trabajó muestran que casi la mitad (42%) de las asociaciones surgidas desde 1947 y hasta 1980 fueron fundadas entre 1960 y 1967, años en que la política urbana del Estado tuvo como uno de sus principales objetivos la erradicación de las favelas y la remoción de su población.

En la medida misma en que son movimientos que reaccionan a amenazas o a agresiones y que la identidad de los actores se constituye en la relación con el adversario —está dada desde afuera del grupo, en el límite— su cohesión, capacidad de movilización y su duración, dependen en gran medida de como evolucione la relación con el adversario/interlocutor. El paso del conflicto abierto a la organización, a la negociación y de ahí a alguna forma de institucionalización significa generalmente una disminución de movilización pero también significa, en general, una apertura de espacio político.

Las manifestaciones colectivas que reflejan una iniciativa de los sectores populares, independientes de alguna decisión pública, que amenaza la ruptura del equilibrio cotidiano, son en su gran mayoría reivindicaciones por

mejores condiciones de vida, muy específicas, como el movimiento de creches, de salud o más generales como el movimiento del costo de vida.

El Movimiento del Costo de Vida iniciado en Sao Paulo hace diez años aproximadamente fue, el más expresivo ejemplo de estas acciones no "reactivas" sino de iniciativa de los sectores populares. El hecho de que no planteara ninguna reivindicación específica, sino el problema mismo de las condiciones de vida de los sectores populares permitió que el movimiento hablara en nombre no de este o de aquél barrio sino de toda la población de bajos recursos (de Sao Paulo, en un primer momento adquiriendo proporciones nacionales enseguida). Hablar del alza del costo de la vida es evidentemente hablar del deterioro de los salarios, tema que es por excelencia propio del movimiento obrero. Pero el debilitamiento del movimiento obrero y del sindicalismo como resultado de la represión y del cierre del sistema político después de 1964, le impide al obrero una participación política en tanto trabajador cerrando al mismo tiempo cualquier posibilidad de que el conflicto se manifestare y a la vez se circunscribiera a la esfera productiva y al enfrentamiento entre obreros y patronos. El obrero "abdica" de su identidad social y política, en tanto obrero, identificándose social y políticamente con los sectores populares, los pobres. Otra consecuencia, desde el punto de vista de la práctica política, es la identificación del Estado, garante de este orden, como el adversario común. La oposición gobierno-pueblo expresa de modo a la vez general y abstracto todos los conflictos que no encuentran canales específicos de manifestación. Y aquí el Estado es visualizado en su dimensión más general y a la vez abstracta.

El "movimiento" se inicia en 1973 en los Clubs de Madres ligadas a las CEBs, en la periferia sur de Sao Paulo<sup>50</sup>. El primer acto público es una carta dirigida a las autoridades en contra del aumento de los precios, y denunciando sus consecuencias sobre el nivel de vida de la población pobre.

Poco a poco el "movimiento" empieza a darse una organización más formal y a ampliar la movilización. Se reúnen representantes de varios barrios y en 1976 se organiza la primera Asamblea del Pueblo, Costo de Vida y Salario Mínimo en la cual participan alrededor de 4.000 personas, con la presencia de políticos y de representantes de la Iglesia. En 1977 es elegida una coordinación general y se decide también extender las movilizaciones a otras ciudades. En las elecciones de 1978 el movimiento logra elegir como diputados a dos de sus líderes, pero ya su indicación como candidatos a las elecciones provocó divergencias internas y sobre todo una clara oposición por parte de la Iglesia que insistía en mantener una "línea no política". Estas divergencias se agravan cuando a partir de 1978 en consecuencia de la señales de apertura política el sindicalismo empieza a recomponerse a través del surgimiento de "oposiciones" sindicales y de una acción más combativa. La relación con la política se plantea entonces de modo más pragmático y el movimiento del costo de vida debe decirse entre una relativa subordinación al movimiento obrero y a las luchas dirigidas por los sindicatos o, al contrario, tratar de seguirse presentándose como no político, centrado en las organizaciones barriales. La relación con los partidos de oposición (PT y el PMDB) preséntase también como problemática y suscita divergencias internas. Se habla entonces de los "dilemas" del movimiento de costo de vida como por ejemplo: dinámica política versus identidad autónoma, o "avanzar versus retroceder".<sup>51</sup>

El "movimiento de costo de vida" es un buen ejemplo a la vez de los límites y de las posibilidades de acciones colectivas con bajo grado de institucionalización y con objetivos muy genéricos. Su gran capacidad de movilización va de par con la dificultad de mantenerla en el tiempo. Los objetivos propuestos —lucha por el aumento de precios y en favor de mejores condiciones de vida— no fueron alcanzados. Puestos en esos términos y conservando su carácter "no político" (como proponía por ejemplo la Iglesia) sus objetivos son casi por definición inalcanzables. Una modificación en el costo de la vida de la población de bajos ingresos (sin hablar de los desempleados) implica evidentemente modificaciones muy sustanciales en la política económica, lo que por supuesto no se puede lograr sin fuertes presiones institucionales.

Paralelamente a estas grandes movilizaciones que llamaban públicamente la atención sobre las condiciones de vida de los sectores populares se desarrollaron en el mismo período acciones de otro tipo, circunscriptas a objetivos mucho más específicos y generalmente, también circunscriptas territorialmente, como por ejemplo el "movimiento por la construcción de guarderías", el "movimiento de salud" y el "movimiento de los loteamientos clandestinos", entre otros<sup>52</sup>.

De hecho se trata de acciones cuya finalidad es plantear a las autoridades reivindicaciones muy concretas. Los resultados se miden en número de guarderías construidas, en la calidad de la atención de las mismas; lo mismo en el sector de salud, educación, etc. Vale la pena destacar también el esfuerzo de algunas organizaciones en el sentido de controlar el funcionamiento, de los servicios públicos. Jacobi destaca dos "movimientos", los de Sao Mateus y Jardim Noroeste, "que lograron victorias significativas, recibiendo de la Secretaría de Salud no sólo la promesa de creación de varios puestos de atención médica (algunos ya instalados) sino también exigiendo y obteniendo mejoras en la atención"<sup>53</sup>. La secretaria de salud bajo presión de los pobladores cambió la legislación vigente permitiendo la

inclusión de representantes de la población (elegidos por la comunidad) en las comisiones encargadas de fiscalizar el funcionamiento de los puestos de salud<sup>54</sup>.

A pesar de que estos "movimientos" tengan un carácter más espontáneo en la medida que las acciones de los moradores no se desencadenan como respuesta a decisiones del gobierno, la respuesta del estado a través de la reacción de los organismos públicos con los cuales los moradores entran en contacto es decisiva en el rumbo tomado por las movilizaciones. Por supuesto aquí también la posibilidad de manipulación y los intentos de cooptación existen. Pero más que insistir en ese riesgo me parece que vale la pena llamar la atención, sobre el espacio abierto a la participación popular y a la negociación. El tema de la autonomía y del control popular que sin duda merecen atención tanto de parte de los sociólogos y analistas políticos como de parte de los actores sociales implicados, está planteado, a veces de modo a subestimar este aspecto de aprendizaje de prácticas institucionales más democráticas, por un lado y de legitimación de los sectores populares, como interlocutores políticos por otro.

## V ALGUNOS COMENTARIOS A MODO DE CONCLUSIÓN.

Dos características llaman la atención en las movilizaciones y acciones colectivas desarrolladas por los sectores populares en la última década: su identificación (aquí se incluye también la autoidentificación) no se hace en términos de relaciones sociales conflictivas. Retomando la clásica diferencia hecha por la teoría sociológica entre clases sociales y estratificación social parece muy claro que no estamos frente a acciones que ponen en cuestión las relaciones sociales derivadas de la división en clases sino más bien de acciones que denuncian una repartición injusta de bienes y servicios. Estos movimientos no nombran un adversario social, la lucha no se hace contra un adversario de clase. No es casual que la mayoría de los autores llamen la atención sobre el hecho de que el Estado sea visualizado en prácticamente todos los movimientos como el adversario. Ello es totalmente lógico en la medida en que el Estado aparece como el garante de ese orden injusto convergiendo entonces hacia él todas las reivindicaciones. La segunda característica común, es, en cierto sentido una consecuencia de la primera: el escenario en el cual se desarrollan estos "movimientos" está constituido por el sistema político (entendido como sistema de toma de decisiones) y por el régimen político (que define que es legal en una sociedad dada, quienes son los actores con derecho a palabra y voto, en una palabra, quienes son los ciudadanos). El hecho de que la mayoría de esos movimientos pueda ser incluido en dos grandes categorías según que su acción se desencadene a partir de alguna decisión pública (ejemplo: erradicación de favelas) o al contrario se organice para lograr alguna decisión pública (ejemplo: lograr la construcción de creches, hospitales, escuelas, etc.) muestra que efectivamente estamos frente no a movimientos sociales sino frente a acciones colectivas que no postulan cambios radicales ni del sistema socio-político ni del sistema de dominación, aunque sí plantean demandas sociales. Demandas que se deciden en la esfera política, y que implican para ser satisfechas un aumento de las probabilidades que tienen estos sectores de influir en el contenido de las decisiones.

Una tercera característica de estas acciones es que se dan en la mayoría de las veces fuera de los canales tradicionales. Es cierto que ha habido un aumento del peso relativo de la participación extra-partidaria como vehículo de expresión de nuevas identidades, basadas en el local de moradia, lo cuál no significa necesariamente que sea excluyente respecto a los partidos. Conuerdo por lo tanto con Renato Boschi que lo común en las diferentes manifestaciones de "moradores" es por un lado, la reivindicación de intervenciones estatales de carácter regulatorio y/o redistributivo y por otro lado la utilización de canales alternativos no necesariamente en forma excluyente respecto a los tradicionales guardando con ellos una relación tensa<sup>55</sup>.

Aquí volvemos a nuestro punto de partida y a la pregunta planteada al principio respecto al cuestionamiento de la política partidaria por los "movimientos de base".

Creo en primer lugar que la pregunta puede ser desdoblada distinguiendo a los partidos como mecanismos de participación política y como mecanismos de mediación y representación.

Ni las CEBs, ni las SABs, ni las acciones desarrolladas por ellas parecen poner en cuestión el sistema partidario en tanto mecanismo de representación política e inclusive en tanto mecanismo de articulación y agregación de intereses. De aquellos que se puedan presentar como intereses generales, o inclusive particulares pero de amplios sectores sociales. Lo que sí pierden los partidos es la capacidad de representación de intereses específicos, dejando en la representación de los intereses populares un espacio vacío que las asociaciones vecinales empiezan a ocupar. Esto último sin embargo se debe principalmente a las características de los partidos de masa.

Lo que aparece como novedoso, y que puede haber inducido a algunos analistas a hablar de cuestionamiento de los partidos (o del sistema de partidos) es el fortalecimiento del asociativismo popular en un país en el cual la tradición asociativista es más bien pobre. Nosotros no hemos tratado en absoluto el problema de los condicionantes de la acción colectiva pero no me parece imposible suponer que el autoritarismo y el cierre del sistema político hayan

contribuido a esta especie de florecimiento de organizaciones populares barriales basadas en fuertes lazos de solidaridad interna, de carácter casi privado en un comienzo y que ganan la escena pública. Ello no es sino una hipótesis cuya verificación merecería a mi juicio un estudio. El aumento del número de organizaciones que actúan como canal de expresión de sus intereses específicos no autoriza sin embargo a hablar de cuestionamiento del sistema partidario.

Respecto a los partidos como canales de participación creo que se produce de hecho una quiebra del monopolio de participación política por la vía partidaria. Es quizás respecto a los partidos como mecanismos de participación donde la relación partido "movimiento de base" se hace más tensa.

Más que de cuestionamiento a los partidos políticos o al sistema partidario habría que hablar de cuestionamiento al sistema político en cuanto a su "capacidad" para recibir y procesar las demandas de los sectores populares de las periferias de las grandes ciudades. Estas demandas van dirigidas a cambios en las políticas urbanas de salud, de educación y de empleo básicamente.

Son acciones cuyo objetivo es aumentar las probabilidades de los sectores populares de influir en el contenido de la decisiones políticas, o sea de influir sobre el ejercicio del poder, acercándose a lo que Franco Goio llama movimiento de protesta. El movimiento de protesta no plantea per se cambios en la estructura de poder. Puede sin embargo hacerlo y de hecho muchas veces lo hace cuando se sitúa en este punto de intersección entre estructura y proceso en el cual la satisfacción de algunas demandas, o su mera inclusión en la agenda política significan un cambio en la estructura del poder político.

Su eficacia tiene que ver con la afirmación de nuevas identidades colectivas, en el plano social y con la apertura de un espacio posible de reivindicación de demandas populares, primer paso para la transformación de estos actores sociales en actores políticos con alguna probabilidad de legitimación. Las organizaciones de base que se multiplican en el período empiezan a funcionar, aunque embrionariamente como canales de expresión e inclusive de representación de intereses específicos. Ello en una sociedad elitista y en un régimen autoritario como es aún el brasileño no es sin duda un hecho despreciable pero evidentemente de ahí a postular, a partir de la formación de estas identidades colectivas, resultados necesariamente democratizantes en el plan institucional e inclusive en el plan de las relaciones de dominación en su conjunto es subestimar el nivel institucional o en todo caso negarle cualquier autonomía.

Estas consideraciones remiten a los problemas planteados por las formas de representación y de participación en una sociedad democrática y de como consolidar un régimen democrático representativo (para lo cual la existencia de la mediación partidaria y de organismos de representación de intereses es indispensable) que dé cabida también a la democracia participativa. El replanteo del tema de la participación política extra-partidaria así como la discusión sobre nuevas formas de hacer política son pertinentes en la medida en que apunten a la necesidad teórica y práctica de crear o recrear canales de participación que propicien el paso de la democracia representativa a la democracia participativa. Pero en países en los cuales no tenemos aún consolidado lo primero es difícil pensar que se pueda lograr lo segundo desechando las instituciones de la democracia representativa<sup>6</sup>. En ese sentido me parece que la pregunta sobre "nuevas formas de hacer política" o sobre la redefinición de la política sigue siendo válida pero a condición de que no impliquemos en ella una sentencia de muerte de los partidos políticos. La pregunta debe ser hecha no sólo desde afuera sino también desde adentro de los partidos. Los llamados nuevos movimientos sociales, las organizaciones de base, ocupan un espacio en la escena política y expresan reivindicaciones, presiones y protestas de los sectores populares que son reales y que exigen respuestas de los partidos. Respuestas en términos de políticas sectoriales específicas (salud, educación, infraestructura, etc.), y de propuestas de participación efectiva para estos sectores.

---

<sup>1</sup> Véase entre otros:

<sup>1bis</sup> Tilman Evers, Clarita Muller Planterberg e Stefanie Spessat: "Movimientos de Bairro e Estado; Lutas na Esfera da Reprodução na América Latina" en *Cidade Poder e Povo*, Ed. CEDEC/PAZ E TERRA, Sao Paulo, 1982.

Pedro Jacobi e Edison Nunes —"Movimentos Populares Urbanos, Poder Local e Conquista da Democracia" en *Cidade Poder e Povo*, Ed. CEDEC/PAZ E TERRA, Sao Paulo, 1982.

José Alvaro Moisés "O Estado as Contradições Urbanas e os Movimentos Sociais" en *Cidade Poder e Povo*, Ed. CEDEC/PAZ E TERRA, Sao Paulo, 1982.

Tilman Evers "Os Movimentos Sociais Urbanos: O caso do Movimento do Custo de Vida", en *Alternativas Populares da Democracia*, Ed. Vozes (Petrópolis) e CEDEC (Sao Paulo), 1982.

Hebert José de Souza "Município de Boa Esperanca: Participacao Popular e Poder Local" en *Alternativas Populares da Democracia*, Ed. Vozes (Petrópolis) e CEDEC (Sao Paulo), 1982.

Luiz Gonzaga de Souza Lima "Notas sobre as Comunidades Eclesiais de Base e a Organizacao Política" en *Alternativas*



Populares da Democracia, Ed. Vozes (Petrópolis) e Cedec (Sao Paulo), 1982.

Vinicius Caldeira Brant "Da Resistencias aos Movimentos Sociais: a Emergencia das Classes Populares em Sao Paulo; Paul Singer "Movimentos de Bairro; O Feminino e o Feminismo"; "Movimentos Sociais em Sao Paulo; traços Comuns e Perspectivas"; en Paul Singer e Vinicius Caldeira Brant (organizadores), Sao Paulo: O Povo em Movimento Ed. Vozes (Petrópolis) CEBRAP (Sao Paulo), 1982.

Gohn, Maria da Glória Marcondes "Classes Populares, Periferia Urbana e Movimento Social Urbano: O Movimento das Sociedades de Bairro em Sao Paulo" Tese de Mestrado, Depto. de Ciencias Sociais da FFLCH da USP, 1979, 2 vol.

<sup>2</sup> Véase:

Boschi, R. "Movimentos Sociais e Institucionalizaçao de uma Ordem", Trabajo presentado en el Seminario "Oportunidades e Limites da Sociedade Industrial Periférica; O caso do Brasil", Nova Friburgo, 18, 19, 20 de julio de 1983.

Silva, Luiz Antonio Machado e Ziccardi, Alicia "Notas para uma Discussao sobre Movimentos Sociais Urbanos" en Cadernos do Centro de Estudo Rurais e Urbanos N° 13, Sao Paulo, 1980.

Cardoso, Fernando Henrique e Oliveira, Francisco "Partidos, Movimentos Sociais (ou Poulantzas e o Brasil)" en "Novos Estudos", vol. 1 N° 2, abril de 1982, CEBRAP, Sao Paulo.

Cardoso, Fernando Henrique "Partidos Políticos" em: "Sao Paulo o Povo em Movimento" op. cit.

Cardoso, Ruth "Movimentos Sociais Urbanos: Balanco Crítico" in Sorj, Bernardo y de Almeida, Maria H. Almeida. Sociedades e Política no Brasil, Brasiliense, Sao Paulo, 1983, pág. 64.

<sup>3</sup> Alessandro Pizzorno, "Introducción al Estudio de la Participación Política" en "Participación y Cambio Social en la Problemática Contemporánea", Ed. SIAP – Buenos Aires, 1975.

<sup>4</sup> Estoy de acuerdo con la opinión de R. Boschi cuando señala que el planteo sobre el problema de la ciudadanía significa un distanciamiento de la orientación dominante en la literatura pero también concuerdo en que sin embargo el problema del nivel institucional no queda del todo resuelto.

Véase; Jacobi, Pedro y Nunes, Edison "Movimentos por melhores Condições de Saúde. Zona Leste de Sao Paulo - A Secretaria de Saúde e o Povo". V Encontro Anual da ANPOCS, Friburgo, out. 1981; ver también: Jacobi, Pedro: Movimientos Populares Urbanos e Respostas do Estado: Autonomia e Controle Popular v.s. Cooptação e Clientelismo" en Boschi, Renato Raúl (organizador) Movimentos Colectivos no Brasil Urbano, col. Debates Urbanos Zahar, Ed. Rio de Janeiro, 1983.

<sup>5</sup> Franco Goio: "Movimenti Colletivi e Sistema Político" en Rivista Italiana di Scienza Política, 1981, pág. 45.

<sup>6</sup> Estructura de Poder – designa el conjunto de condicionantes estables que se ejercen sobre el proceso mientras que Proceso Político designa la actividad dinámica de la cual compone la política ya sea desde el punto de vista de la "politics" (Competencia política propiamente) ya sea del punto de vista de la "policy" (la administración) Goio, F. p. cit. pág. 21 y 22.

<sup>7</sup> Pizzorno, A. op. cit.

<sup>8</sup> Alain Touraine "La voix et le Regard", El. Du Seuil, París 19678.

<sup>8bis</sup>

<sup>9</sup> Véase a ese respecto el análisis que hace el autor sobre Solidaridad en Polonia, en Touraine, Alain; Dubet, Francis; Wiewiorka, Michel y Strzelechi, Jan: Solidarité. Analyse d'un mouvement social. Pologne 1980-1981, El. Fayard, París, 1982.

<sup>10</sup> Véase también para un línea de argumentación semejante: Melluci, Alberto: "The new social movements: A theoretical approach" en Social Science, vol. 19, N° 12, 1980.

<sup>11</sup> El problema de los canales por los cuales se manifiesta la participación apunta a una polémica también muy actual entre los estudiosos de la participación popular en el Brasil. Trátase de la disyuntiva entre la participación entendida como sinónimo de democracia directa versus democracia representativa. Existe una fuerte tendencia entre los "movimientos" y grupos que vehiculan demandas por participación en comprenderla en una acepción restringida. Participación significa en ese caso el co-involucramiento directo y sin intermediación de instancias políticas diversas en el proceso de decisión. Véase a propósito Maurizio Cotta: "II concetto di Partecipazione Política: Linee di un inquadramento Teórico", in Revista Italiana di Scienza Política: 1975, pág. 198.

<sup>12</sup> Alain Touraine, La Société Post-Industrielle, Ed. Denoel, París.

<sup>13</sup> Claus Offe - competitive Party Democracy and the Keynesian Welfare State, Mimeo, 1981.

<sup>14</sup> Lechner, Norbert "Qué significa hacer Política?" Flacso, Documento de Trabajo N° 144, Santiago de Chile, mayo, 1982.

<sup>15</sup> Lechner N. – op. cit., pág. 26.

<sup>16</sup> Véase entre otros: Fabio Wanderley Reis (organizador): Os partidos e o Regime Ed. Simbolo, Sao Paulo, 1978; Bolívar Lamounier y Fernando H. Cardoso (coordinadores) Os Partidos e as Eleições no Brasil, Ed. CEBRAP/PAZ E TERRA, Río de Janeiro, 1979, Bolívar Lamounier (organizador) Voto de Desconfianza, Ed. Vozes, Cebrap, Petrópolis 1980; Gláncio Ary Dillon Soares: Colegio Eleitoral, Convenções Partidarias e Eleições Directas. Ed. Vozes, Petrópolis, 1984; Maria Cecilia Spina Forjaz "O Sistema Partidario e o Processo de Abertura", Rev. Presença N° 3 maio de 1984, Ed. Caetés, Sao Paulo.

<sup>17</sup> Forjaz, M. C. Spina, op. cit.

<sup>18</sup> Alessandro Pizzorno "Interest and Parties in Pluralism" in Berger, Suzane; Hirshman, Albert and Mayer, Charles (eds) Organizing Interest; in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of politics. Cambridge: Cambridge University Press, 1981.

<sup>19</sup> Wanderlley Guilherme dos Santos op. "O século de Michels: competição oligopólica, lógica autoritaria e transicao na America Latina", Daolos, N° 28.

<sup>20</sup> A. Pizzorno, op. cit.

<sup>21</sup> Renato Boschi, "Movimentos Sociais e Institucionalizaçao de uma Ordem", trabajo presentado en el Seminario: Oportunidades e Limites da Sociedades Industrial Periférica: O caso do Brasil, Nova Frigurgo, 18, 19 e 20 de junho de 1983.

- <sup>22</sup> Cardoso, Fernando Henrique, “Partidos políticos” en Sao Paulo, o Povo em Movimento, op. cit. Pág. 196.
- <sup>23</sup> Francisco Weffort: O PT e sua Promessa, Folha de Sao Paulo, 12.05.83.
- <sup>24</sup> Otro tipo de manifestaciones colectivas de los sectores populares cuya insidencia aumentó en los años recientes son las llamadas protestas por acción directa de las cuales la forma más conocida es el “quebra-quebra”.  
Decidimos no tratarlas en este trabajo por considerar que son acciones de naturaleza muy diversa a las que nos propusimos analizar. A este respecto véase: Moisés, J Alvaro y Martínez, Alier Verena “A revolta dos suburbanos ou “Patrao, o Trem Atrasou” en Moisés J. Alvaro et. al. Contradições Urbanas e Movimentos Sociais, CEDEC/PAZ E TERRA, Rio de Janeiro, 1979; Moisés J. Alvaro “Protesto Urbano e Política: O Quebra-Quebra de 1947”: Lucía do Prado Valladares: “Quebra-Quebra na Construção Civil: O caso dos Operarios do Metro de Rio de Janeiro”; Edson Numes: “Inventário dos Quebra-Quebra nos Trens e Onibus em Sao Paulo e Rio de Janeiro, 1972 – 1981. In: Cidade, Povo e Poder, OP. cit.; da Silva, Ana Amélia: Quebra-Quebra de Trens de Suburbios: Dimensao Política da Opresao”, in Rev. Espaço & Debates, Año III, N° 10, Sao Paulo, 1983.
- <sup>25</sup> Joao Carlos Petrini ubica alrededor de 1950 los primeros cambios en la Iglesia Brasileña que la llevan de una posición claramente conservadora a una posición modernizante. Estos cambios como muestra el autor son tanto de organización interna (“Conferencia Nacional dos Bispos no Brasil”) como doctrinarias sobre todo después de Medellín, en 1968 cuando la Iglesia pasa a asumir mucho más claramente una perspectiva de transformación social explícita al lado de los sectores populares. J. Carlos Petrini, CEBs: Um Novo Sujeito Popular, Paz e Terra, Sao Paulo, 1984.
- <sup>26</sup> Cf. Pierrucci, Antonio Flavio: in Comunidades Eclesiais de Base: A. Política como Practica Religiosa.
- <sup>27</sup> Cf. Candido Procópio Ferreira de Camargo, Beatriz Muñiz de Souza, Antonio Flávio de Oliveira Pierucci: “Comunidades Eclesiais de Base” in Sao Paulo: O Povo em Movimento. Ed. Vozes, em co-edição com CEPBRAP. Petrópolis 1982, pág. 62.
- <sup>28</sup> C. Procopio Ferreira de Camargo et. al op. cit. Pág. 70.
- <sup>29</sup> Idem. pág. 73.
- <sup>30</sup> Joyce Rothschiel Whitt “The Collectivist Organization an Alternative to Racional, Burocratic Models” A.S.R. vol. 44, agosto, 1979.
- <sup>31</sup> Piorucci, op. cit.
- <sup>32</sup> J. C. Petrini, op. cit.
- <sup>33</sup> Idem, pág. 125.
- <sup>34</sup> Pierucci, op. cit.
- <sup>35</sup> Pierucci, op. cit.
- <sup>36</sup> Gomes de Souza, Luiz Alberto. A política partidaria nao CEBs trabajo presentado en el II Encuentro Eclesial de CEBs, Mimeo, 1981.
- <sup>37</sup> Extraído del documento: Propuestas de Diretrizes, preparado para el I Seminario Paulista de SABs. 10/11 de marzo de 1973. Sao Paulo.
- <sup>38</sup> Boschi, Renato, “Movimientos sociales...” op. cit.
- <sup>39</sup> Paul Singer: “Movimentos de Bairro” en Sao Paulo: O Povo em Movimento. El. CEBRAP/ VOZES, Sao Paulo, pág. 87.
- <sup>40</sup> Sobre la historia de las Sociedades de Amigos de Barrios ver también, José Alvaro Moisés: “Experiencia de Mobilização Popular em Sao Paulo” Revista Contraponto, Año III, N° 3, Rio de Janeiro, ste. 1978; EMLPLASA: Contribuição a Historia dos Movimentos Sociais no Grande Sao Paulo. Sao Paulo, 1982.
- <sup>41</sup> Singer, ., Movimentos de Bairro. op. cit. pág. 93.
- <sup>42</sup> Cesar, Ana Maria Daimo. "O Movimento de Transporte Colectivo: Uma Expediencia de Organização Reivindicatoria", V Encontro Anual da ANPOCS, Friburgo, out. 1981.
- <sup>43</sup> Singer P. op. cit. pág. 93.
- <sup>44</sup> Idem, pág.
- <sup>45</sup> Ferreira dos Santos, C. N. “Movimentos Urbanos no Rio de Janeiro, Zahar Ed. Rio de Janeiro, 1981.
- <sup>46</sup> Ferreira dos Santos, op. cit.
- <sup>47</sup> Renato Raul Boschi y Valladares, Lícida do Prado, Movimentos associativos de camadas populares urbanas: Análisis comparativo de seis casos en Boschi, Renato, op. cit.
- <sup>48</sup> Boschi R. y Valladares, Licia idem. pág. 114.
- <sup>49</sup> Diniz, Eli: Favela: “Associativismo e Participação Social” en Bosch, Renato. Movimentos colectivos no Brasil... op. cit.
- <sup>50</sup> Véase Tilman Evers: “Os Movimentos Sociais Urbanos: O Caso do Movimento do Custo de Vida”, op. cit.
- <sup>51</sup> Véase por ejemplo: Tilman Evers “Os Movimentos Sociais Urbanos: O Caso do Movimento de Custo de Vida”, op. cit.
- <sup>52</sup> Ver: Pedro Jacobi: Movimentos Populares Urbanos e Resposta do Estado: Autonomia e Controla Popular vs. Cooptação e Clientelismo, en: R. Raúl Boschi (organizador) Movimentos Colectivos no Brasil X Urbano, Col. Debates Urbanos N° 5. Zahar Ed. Rio de Janeiro, 1983.
- <sup>53</sup> Jacobi, idem. pág. 159.
- <sup>54</sup> Un proceso similar ocurrió con el “movimiento dos loteamentos clandestinos”. Véase también Jacobi, ibidem. Pág. 164 a 176.
- <sup>55</sup> Cf. Boschi Renato, Os movimentos sociais... op. cit.
- <sup>56</sup> Un proceso similar ocurrió con el "movimiento dos loteamentos clandestinos". Véase también Jacobi, ibidem. pág. 164 a 176.